

SEGUNDAS JORNADAS NACIONALES DE HISTORIA SOCIAL
13, 14 y 15 de mayo de 2009
La Falda, Córdoba - Argentina

Mesa 4: Iglesia y religiosidad en América

Autor: Karina Clissa

Inserción institucional: Universidad Nacional de Córdoba (UNC) / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Situación de revista: Profesora Asistente (por concurso) de la Escuela de Archivología / Becaria - Doctoranda de la Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC)

Dirección Particular: Bolívar 681. Barrio Güemes. 5000 Córdoba. karinaclissa@yahoo.com

Dirección Institucional: Escuela de Archivología. Pabellón España. Ciudad Universitaria. esarchiv@ffyh.unc.edu.ar

Resumen

La Iglesia como institución se ha mostrado siempre preocupada por el misterio de la redención humana, recurriendo para ello a la difusión del mensaje evangélico y a la predicación de la penitencia. Se trataba de dos instrumentos indispensables para conducir las almas de los vicios a las virtudes, modificar las costumbres, fortalecer la fe y anunciar la conversión. Si bien la redención humana era obrada por Cristo, la misma requería que fuera activada por los creyentes mediante una cooperación espiritual y corporal.

Partiendo entonces de la naturaleza compleja que comporta la fiesta de la Pascua, el propósito de este trabajo es interpretar la ascesis cuaresmal como camino hacia la conversión, tal como ha quedado expresada en un conjunto de sermones coloniales que se conservan en la Colección Documental “Mons. Dr. Pablo Cabrera” de la Biblioteca Central “Elma Kohlmeyer de Estrabou” de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

La elección de estas piezas oratorias -sermones- responde a la importancia que las mismas comportaban como principales medios de comunicación en sociedades signadas por la cultura oral. En este sentido, el análisis exhaustivo de tales discursos posibilita un acercamiento a los modos de pensar, sentir y decir propios de una época y con un profundo peso en el escenario social y religioso.

Título:
Itinerario cuaresmal en sermones coloniales*

Introducción

Desde los comienzos de la humanidad, distintos grupos sociales han buscado establecer para cada época y para cada región geográfica, sus propias pautas de comportamiento, esto es, los modos culturales de manifestarse individual y colectivamente. Es así que las sociedades se rigen por una serie de normas y valores, a los que se amoldan las prácticas sociales y la mentalidad de los sujetos.

La función de la comunidad en su conjunto no se limita tan solo a la tarea de conducir a sus integrantes por un sendero considerado modélico, sino que ella aparece complementada con una constante labor de vigilancia para que sus pautas sean respetadas, pues la desatención produce, a la larga, comportamientos no deseados ni esperados. Para abordar y profundizar en esta finalidad, resulta apropiado enfocarla a partir de los discursos que cada momento histórico origina, como fue el caso de los sermones en el período colonial.

Es bien conocido que la iglesia católica ocupó una posición por demás privilegiada en la vida cultural de América. La gran cantidad de documentos producidos por esta institución, dan muestras claras de esa presencia hegemónica y de un propósito fundamental, cual era vincular lo natural con lo sobrenatural, lo temporal con lo espiritual.

En Argentina existen, en archivos y colecciones, testimonios documentales referidos a la oratoria sagrada, cuyos contenidos textuales y simbólicos constituyen un objeto de estudio singular. Brindan elementos fundamentales para comprender la mirada particular que se tenía sobre el mundo de “acá” y de “allá” y, sobre todo, las ideas que se deseaban transmitir para la formación del creyente, las que debían traducirse en actos concretos.

En el caso específico de Córdoba, existen más de dos centenas de sermones que se conservan en la Colección Documental “Monseñor Dr. Pablo Cabrera” de la Biblioteca Central “Elma Kohlmeyer de Estrabou” de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, además de los que custodia el Archivo del Arzobispado.

* Este trabajo se enmarca en el proyecto colectivo de investigación *En torno a la oratoria sagrada. Oralidad y escritura en sermones coloniales* dirigido por la Dra. Ana María Martínez de Sánchez, financiado por la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Córdoba, durante el bienio 2008/2009.

Del conjunto de piezas oratorias, en esta ocasión se ha decidido reflexionar sobre un *corpus* de cinco sermones, cuya particularidad es que fueron redactados para ser dichos en cada uno de los cuatro viernes de Cuaresma, previos al inicio de la Semana Santa.¹

Si bien cada uno de esos monumentos escritos se presenta como único, la posibilidad de investigación e interpretación a partir de un abordaje de tipo relacional, los muestra desde un aspecto plural y polivalente.² Conviene puntualizar también, que los documentos que conforman el *corpus* de esta investigación admiten una concatenación de la temática seleccionada, en la medida en que el orador sagrado buscaba dar continuidad a lo tratado, de un viernes al siguiente, como parece demostrarlo la afirmación:

“por la verdad de su fe estamos obligados como os dixe el viernes pasado a confesarla interior y exteriormente”.³

Aún cuando los tópicos que se abordaban eran los que debían escucharse en todos los pulpitos el día establecido para ello, en solo uno de los documentos se ha podido precisar el público al que estaba dirigido, por cuanto al inicio aclara que se trata de un sermón predicado para los superiores y jueces de la Real Audiencia de Buenos Aires.⁴

A nivel historiográfico, durante décadas, los sermones en general han sido objeto de análisis desde un plano eminentemente teológico y devocional, buscando sobre todo profundizar en el pensamiento del clero y en las sensibilidades religiosas, además de considerar su carácter festivo y de celebración o, por el contrario, de tristeza y penitencia, como es el caso de los de Cuaresma.

Una mirada con renovadas herramientas metodológicas -como puede ser el uso de conceptos tomados del análisis del discurso y de la nueva historia cultural-, admite otras lecturas de esos textos, entre las que puede destacar aquella orientada a ahondar en la cultura y en el

¹ Colección Documental “Mons. Dr. Pablo Cabrera”, Biblioteca Central “Elma Kohlmeyer de Estrabou” de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, ex Instituto de Estudios Americanistas (en adelante IEA, para mantener la identificación histórica de esa colección), docs. n°s: 11.771, 11.772, 11.774, 11.775 y 11.776. La unidad del objeto de estudio la da el que fueron dichos para viernes sucesivos, aunque podemos aventurar que no todos fueran para un mismo auditorio. Cf. Daisy RÍPODAS ARDANAZ. “Los sermones cuaresmales a la Audiencia de Buenos Aires y su propuesta de oidor real”. *Revista Chilena de Historia del Derecho*, n° 12, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1986, pp. 263-273.

² Brian A. CONNAUGHTON. “El carácter polivalente de la documentación”. *Entre Historiadores y Archivistas: el dilema de la valoración documental*. México, Archivo General de la Nación, 1995, pp. 25-32, aquí: pp. 25-26.

³ IEA, doc. n° 11.776, f. (2) r. Los números de folios se han colocado entre paréntesis, como una manera de indicar que el documento original no posee foliación. En cuanto a las citas extrapoladas de los sermones que se incluyen en este trabajo, se ha optado por una transcripción literal modernizada a fin de presentar el texto lo más fiel posible y, al mismo tiempo, accesible al lector. Cf. Branka TANODI, “Documentos históricos. Normas de Transcripción y Publicación”. *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, N° 3, Córdoba, CIFIyH, 2000, pp. 259-270.

⁴ Se trata de un discurso pensado para ser pronunciado el primer viernes de cuaresma de 1794, ante la Real Audiencia. No se conoce si se refiere a la de la Plata o a la de Buenos Aires. IEA, doc. n° 11.771, f. (1) r.

análisis de ciertas características históricas de un lugar o de un grupo que construyó su propia simbología y/o significado.⁵ No se debe olvidar que muchas veces, el sermón devino en uno de los medios más eficaces para dirigir conductas y configurar mentalidades, en íntima alianza con el poder. En consonancia con ello, tales piezas oratorias eran capaces de inducir a las lágrimas, avivar la fe y, en ocasiones, también solían incomodar, como producto de su contenido o de su extensión.⁶ Así las cosas, no resulta extraño que hoy se retorne a estos textos desde una perspectiva atenta a la producción de los discursos y a la concreción de las prácticas. De este modo, los sermones adquieren relevancia, entendidos como fuentes y textos con historicidad, porque su contenido no era independiente de su apropiación por parte de un sujeto o de un grupo.⁷

Subrayamos, como característica metodológica, la necesidad de acercarse al texto de los sermones en la medida que, en el estudio de la predicación, los datos están constituidos por las mismas palabras del concionador.⁸

Se parte de la idea central de que el lenguaje se presenta como polisémico y, por tanto, contiene muchos significados, lo que hace necesario identificar el sentido que pretende darle el locutor y, a la vez, aquél que le asigna su receptor.⁹ En consonancia con ello, algunos autores han planteado llevar a cabo estudios desde una historia cultural del lenguaje, orientada a reconstruir los vínculos existentes entre éste y la sociedad, en la medida que forman parte de la cultura y de lo que practican -de diversos modos- los individuos en la vida cotidiana.¹⁰ Hablar constituye una forma de hacer, puesto que la lengua es una fuerza activa dentro de la sociedad, un medio del que disponen individuos y grupos para ejercer cierto grado de influencia en los demás o para resistir a un control; un medio para modificar la sociedad o para impedir el cambio; un medio para afirmar o suprimir identidades culturales.¹¹

⁵ David A. BRADING. *Una Iglesia asediada: el obispo de Michoacán. 1749-1810*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994. Brian CONNAUGHTON. *Ideología y sociedad en Guadalajara, 1788-1853*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.

⁶ Lo de la extensión del sermón parece no ser un dato menor, por cuanto hemos encontrado ejemplos en donde el autor solía hacer alusión a este aspecto: "Único punto que procuraré tratarlo con la posible brevedad". IEA, doc. n° 11.774, f. (3) v.

⁷ Francisco VÁZQUEZ GARCÍA. "Los problemas de la explicación en historia de las mentalidades". Carlos BARROS (ed.) *Historia a debate*. Tomo II, La Coruña, 1995, p. 48.

⁸ Miguel Ángel NÚÑEZ BELTRÁN, "Predicación e Historia. Los sermones como interpretación de los acontecimientos", *Criticón*, N° 84-85, 2002, pp. 277- 293.

⁹ Constanza M. GONZÁLEZ NAVARRO. "La 'nueva historia cultural': aportes, cambios y enfoques". *Revista de la Junta Provincial de Historia*, N° 20, Córdoba, 2002, pp. 249-262, aquí: pp. 250-251.

¹⁰ Peter BURKE. "La Historia Cultural y sus vecinos". *Alteridades*. Enero-junio, vol. 17, N° 033, Iztapalapa, Universidad autónoma Metropolitana, 2007, pp. 111-117, aquí: p. 115.

¹¹ Peter BURKE. *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Barcelona, Gedisa, 1993, p. 11.

Para nuestro trabajo conviene puntualizar al menos dos cosas: primero que las ideas existían sobre un soporte material que permitía su fijación -la escritura- y segundo, que la difusión se hacía a través de una forma de sociabilidad -la oralidad-, como fue el caso de la predicación.¹²

Diferentes aspectos de la vida social y cultural de una época puede percibirse a través del sermón y, de acuerdo al tema que aborda, mostrar “la dimensión” que en aquella ocasión se deseaba instalar en el inconsciente colectivo. Marc Augé sostiene, con acierto, que el espacio de la antropología se presenta como “necesariamente histórico”, en la medida de que se halla cargado de sentido por grupos humanos; se habla por ello de un espacio simbolizado.¹³

CUARESMA, ANTESALA DE LA PASCUA

La cultura es el resultado de una producción colectiva, anónima, creada a lo largo del tiempo, en estrecha relación con las circunstancias temporales, espaciales y sociales del grupo en donde se concreta. Así pues, se trata de un fenómeno complejo que se ocupa de lo material y de lo inmaterial, de lo real y de lo imaginario, de la mentalidad y la ideología, junto a representaciones construidas a lo largo de varios siglos.¹⁴

En este escenario, la sociedad colonial solía participar de espectáculos, como las representaciones teatrales, los toros o los juegos de cañas, pero también asistía a actos de una significación polivalente -entre la devoción y la sociabilidad-, como lo era escuchar aquellos sermones que en ocasión de diferentes fiestas o tiempos litúrgicos se predicaban en parroquias, iglesias, calles y plazas.

El ciclo litúrgico constituyó tanto una consagración como una sacralización del acontecer cotidiano. Frente a un simple discurrir de los años, la Iglesia se encargó de introducir algunas festividades que significaron hitos en su historia, que debían ser compartidos con el creyente para que él mismo los incorporara en su vida como propios y con idéntico significado. Un ejemplo claro es la Pascua, cuyo hecho central giraba en torno a la resurrección de Jesucristo y, por extensión, la resurrección a la gracia de todos los hombres. Asistimos así, a una

¹² Ismael SARMIENTO RAMÍREZ. “Fuentes para el estudio de la cultura material en la Cuba colonial”. *Anales del Museo de América*, 14, 2006, pp. 285-326, aquí: p. 285.

¹³ Marc AUGÉ. “El espacio histórico de la antropología y el tiempo antropológico de la historia”, *Hacia una Antropología de los mundos contemporáneos*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 15.

¹⁴ Ana María MARTINEZ de SÁNCHEZ. *Cofradías y obras pías en Córdoba del Tucumán*. Córdoba, EDUCC, 2006, p. 14.

sacralización del tiempo, en donde la liturgia oficial de la Iglesia se imponía en un ciclo temporal anual.¹⁵

Al estar lo festivo profundamente vinculado con el calendario religioso católico, la fiesta se mostró siempre cargada de simbología y de significados polisémicos que atravesaban la vertiente cultural en las dimensiones sociales, políticas e ideológicas. La fiesta se presentaba como una instancia de alegría colectiva e histórica. En contrapartida, también había un sentido de unión y re-unión, cuando lo que se recordaba eran momentos penitenciales pero que, en corto tiempo, eclosionarían en la alegría, como ocurría con la sucesión de la Cuaresma, la Semana Santa y la Pascua de Resurrección. Así pues, la Cuaresma no era vivenciada como una celebración independiente, sino que aparecía como una preparación intensiva al festejo de la Pascua. Ese aprestamiento incluía penitencias, ayuno y oración.

Es a través del estudio de los sermones dedicados a la preparación para la Semana Santa, que se puede apreciar la apropiación simbólica que la sociedad a la que iba dirigida lograba concretar, como también la pertenencia que evidenciaban quiénes estaban encargados de redactarlos y pronunciarlos.

Una vez finalizado el ciclo de la Navidad¹⁶, se suceden tres domingos llamados de septuagésima, sexagésima y quincuagésima, porque desde ellos y hasta la octava de Pascua faltaban respectivamente, 70, 60 o 50 días. Todas las denominaciones provienen del sistema corriente de contar, porque era un modo de ubicarse temporalmente en una época en que no era común el reloj privado que permitiera orientar e indicar el paso del tiempo.

Sobrevenían luego las carnestolendas, que consistían en tres días de fiesta, previos al miércoles de ceniza con el que se iniciaba la Cuaresma, nombre que también significa que faltan 40 días para la Pascua.¹⁷ Muchos acontecimientos bíblicos remiten a dicho número: cuarenta días de ayuno de Jesús en el desierto; cuarenta años que el Pueblo de Dios pasó en el desierto; cuarenta días que Moisés transcurrió en el Monte Sinaí, entre otros ejemplos. En conclusión, el simbolismo bíblico de los cuarenta días, como etapa de prueba y de tentación, de éxodo pero también de gracia y de acción divina a favor de un pueblo, ha sido decisivo para configurar la fisonomía de la Cuaresma cristiana.

Hablar de Cuaresma implica, por tanto, referirse a un tiempo de reflexión profunda como antesala del sacrificio de la figura de Cristo como hombre histórico. Constituía un tiempo de

¹⁵ “Vino en persona el Hijo del Eterno Padre de familias y tratis de quitarle la vida y con efecto acabareis con él en Jerusalén clavándole en una cruz?” IEA, doc. nº 11.774, f. (3) r.

¹⁶ Los ciclos litúrgicos comienzan con el Adviento, que prepara la venida de Jesús, hasta Navidad donde se inicia el tiempo denominado de Navidad, que abarca 12 días.

¹⁷ La Pascua es una fiesta movable que normalmente se da entre el 22 de marzo y el 25 de abril.

preparación y transformación integral y profunda que se experimentaba a nivel personal para poder esperar, renovado y reconciliado, la Resurrección. La Cuaresma aumentaba su significado penitencial porque estaba inmediatamente precedida por las fiestas profanas del carnaval que, precisamente, simbolizaban la antinomia de lo por venir. Era el camino entre el desenfreno y la austeridad.

En la tradición española, el carnaval concluía con el miércoles de ceniza en que se concretaba la ceremonia del Entierro de la Sardina que, magníficamente, pintara Goya. Ese ritual profano, de gran participación popular, cerraba el ciclo de carnaval con muestras llenas de irreverencia, inversión de roles y relajamiento.

En los sermones se pintaba la imposibilidad de salvación para quienes se entregaran a esos placeres tan pecaminosos:

“pero como todas las cosas tienen su tiempo cierto [...] también hay tiempo que no es tuyo y por consiguiente no le tendrás cuando le quieras porque por tu temeraria locura no le aprovechaste cuando le tuviste [...] para la hora de la muerte pedirás misericordia cuando sólo es tiempo de justicia”.¹⁸

Así como el obispo San Alberto implementó en Córdoba un desagravio por la disipación que conllevaba el carnaval, los jesuitas determinaron que sus iglesias en Indias permanecerían abiertas con el Santísimo expuesto en aquellos días, para que pudieran recogerse quienes no quisieran participar de aquel tipo de diversiones.

En suma, el Carnaval había sido tiempo de libertades, de hacer todo aquello que normalmente estaba prohibido, oportunidad propicia para expresar libremente y en tono humorístico la crítica a las autoridades y normas sociales, a través de la sátira.

En el *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita, aparece un pasaje referido a la disputa entre *Don Carnal* y *Doña Cuaresma*. Mientras Doña Cuaresma era la personificación de la penitencia, del ayuno y de la abstinencia, Don Carnal es su antítesis, es decir, representaba la gula y los pecados de la carne. La victoria alcanzada por doña Cuaresma simbolizaba el triunfo del control, la moderación y el poder. Con ella se abría paso a los ayunos, las abstinencias y los sacrificios mediante los cuales se buscaba, endurecer el espíritu ante las tentaciones y poner las cosas en el orden deseado.¹⁹

Las celebraciones paralitúrgicas, permitían la participación de toda una sociedad que buscaba integrarse en diferentes niveles de expresión.

¹⁸ IEA, doc. n° 11.772, f. (8) r.

¹⁹ Juan RUIZ (Arcipreste de Hita). *El libro buen amor*. París, Sociedad de Ediciones Louis Michaud, s/a, vv. 1067 y ss.

Con el miércoles de ceniza, la población ingresaba en un tiempo en donde lo central era la penitencia y la preparación interior y exterior para vivir la Semana Santa, ya que estaba considerada como la semana mayor del calendario católico. De esta forma, el tiempo estaba estructurado en un antes y un después de la Pascua. Mientras el primero -tiempo cuaresmal- se asociaba con la tentación, los sacrificios y la tristeza; el segundo -aleluya pascual- estaba signado por la alegría, el éxito y el gozo.

En Córdoba, la plazoleta del frente de San Francisco, solía ser el espacio elegido para llevar a cabo las pláticas de Cuaresma, como parte del escenario religioso. Allí se colocaban los escaños y la cátedra y se llevaba a cabo la Vía Sacra, ya en el viernes Santo.²⁰

Luego de participar en cada uno de los acontecimientos que tenían lugar durante el transcurso de la Semana Santa, el domingo de Pascua, cada persona debía aparecer renovada, nacida interiormente a una vida nueva, por obra de la Redención.²¹

Pero, ¿cuál era la noción de Cuaresma que ha quedado plasmada en los sermones estudiados? Es oportuno recordar lo señalado en uno de tales discursos:

“Entonces el tiempo es tuyo quando usa de él como quieres. ¿Lo quieres para llorar tus pecados? Ahora es tiempo porque ahora puedes si quieres. ¿Lo quieres para el reconocimiento a los divinos beneficios? ¿Para aborrecer la vida pasada? ¿Para detestar tus pasados desórdenes? Ahora es tu tiempo”.²²

La Cuaresma se mostraba entonces, con una significación determinante para la vida del cristiano, como renuncia a los deseos desordenados del mundo, siempre y cuando los sujetos se mostraran dispuestos a vivenciarla con humildad y verdadero arrepentimiento.

Existía en la mente del predicador una relación directa entre la disposición para curarse y la determinación para convertirse, pues Cristo resucitaría para el “hombre nuevo”:

“Dispuesto se hallaba este enfermo para su curación, no lo estaría tal vez para su conversión y conociendo Jesu-Christo que dependia lo uno de lo otro no le quiere conceder lo primero sin que el enfermo se determine a lo segundo”.²³

EL ITINERARIO ESPIRITUAL DE LA CUARESMA

El cristiano estaba llamado a participar de la pasión y resurrección de Cristo pero para ello, previamente, debía ser capaz de aprovechar el oportuno tiempo de la Cuaresma. El camino

²⁰ Ana María MARTÍNEZ DE SÁNCHEZ. “Cofradía de San Benito de Palermo”. *Archivum*. Buenos Aires, Junta de Historia Eclesiástica Argentina, 2005, p. 91.

²¹ Expone el predicador: “En efecto católicos: de nuestra felicidad consiste en saber aprovecharnos de la bondad con que Dios por sus auxilios nos llama a nueva vida”. IEA, doc. n° 11.772, f. (6) r.

²² IEA, doc. n° 11.772, f. (8) r.

²³ IEA, doc. n° 11.772, f. (2) r.

consistía en un transitar desde la humildad de la pasión hacia la gloria de la resurrección. Ese era el comienzo y el fin del itinerario espiritual de ese tiempo, donde los predicados presentaban a la cruz como signo de redención y, paralelamente, como bandera de la milicia cristiana.

¿Cómo estaba estructurado el programa espiritual que debía concretarse en la Cuaresma? Básicamente se trataba de un recorrido signado por una auténtica interiorización de las obras penitenciales y de la conversión, para lo cual se meditaba sobre la palabra de Dios, básicamente en el significado de la crucifixión. Los creyentes eran llamados a escuchar con más fidelidad la palabra, para que, por medio de la experiencia penitencial, se encaminaran hacia una perfecta identificación con la imagen de Cristo, primero penitente y posteriormente glorioso. Es así que el predicador del segundo viernes expone claramente el recorrido lógico: penitencia, perdón, gracia y gloria, otorgándole un sentido secuencial dentro de ese texto, que está también presente en la continuidad discursiva de todo el *corpus* estudiado.²⁴

Sumado a esto, encontramos la mortificación corporal, especialmente a través del ayuno y las abstinencias mandadas por la Iglesia. Complementaban este horizonte las obras de misericordia y la oración, puesto que el fin era conseguir humildad y contrición de los pecados. La ocasión era propicia para mover y conmover a la multitud hacia la conversión:

“Volved en vosotros mismos hermanos míos, herid vuestro corazón empedernido, heridle una y otra vez como Moyses el pedernal del desierto hasta que se rompa y se deshaga por los ojos en lágrimas de penitencia porque esta siendo oportuna es la que podrá alcanzaros el perdón de vuestras culpas y la reconciliación con Dios trino y uno cuya bendición os alcance”.²⁵

Reflexionar sobre las consecuencias que implicaba vivir en la ausencia de Dios y en la miseria del pecado, servía para dotar a la Cuaresma de su sello característico de austeridad.

“Examinad seriamente si permanece en vosotros la fe en aquel grado de vigor que os asegure no perderla. ¿No halláis que entregados solo a los objetos que hieren gustosamente los sentidos no os mueven ya los ocultos misterios de nuestra religión? ¿qué habeis perdido la pia afección a las cosas divinas, que ya os falta la docilidad y sumisión en la creencia, el horror en el pecado, el temor al infierno, el amor a lo bueno, el deseo de ver a Dios, que no hallais gusto en la oración, que no teneis hambre por recibir los sacramentos , que os amargan las penitencias, que la ley os pesa sumamente?”²⁶

²⁴ IEA, doc. N° 11.772, f. (2) v.

²⁵ IEA, doc. n° 11.772, f. (8) v.

²⁶ IEA, doc. n° 11.774, f. (5) v.

La memoria de la pasión de Cristo acompañaba todo el programa, porque la conmemoración de sus mortificaciones era un elemento central para destacar la condición temporal de la existencia cristiana, sujeta a tantas tentaciones pero, a la vez, confirmaba la esperanza en el perdón que era imperioso obtener. Se manifiesta aquí ese sentido de más de un significado, porque este proceso interior tendía también a disciplinar las conductas exteriores en el contexto social, “porque ser santo y parecer santo son dos cosas muy diferentes”, dice el predicador.²⁷

Si bien la ascética cuaresmal era propia de un tiempo particular, podía asimilarse con la idea de una peregrinación humana, por cuanto se avanzaba entre contradicciones, fatigas y combates, finalizando con el remanso que ofrecía la celebración pascual. Justamente, en ese “caminar hacia la Pascua”, era conveniente no perder de vista ciertas cuestiones consideradas de trascendental importancia y en las cuales ha quedado claro que las orientaciones no solo apuntaban hacia un texto sagrado inscripto en una liturgia, sino además, que se trataba de constructos culturales pensados para una sociedad determinada, sin obviar los elementos comunes propios de la universalidad de la iglesia católica.

a) Cuaresma, tiempo para moldear las mentalidades

Se instaba, a manera de narración exhortativa, a que la feligresía tendiera a la perfección cristiana, entendida como la búsqueda constante de la verdad, la santidad y el hacer el bien, inclusive frente a los enemigos.

En el discurrir del mensaje, el orador -basado en el objetivo de la persuasión y el arte del buen decir- orientaba al auditorio hacia la aceptación y convencimiento de aquello que se presentaba y argumentaba, instándolo hacia un cambio de actitud.

“Si hermanos míos: este es el castigo que yo recelo venga cuando menos pensemos sobre nosotros, que Dios como hizo con los Judíos arranque de nosotros una fe lánguida que vacila y fluctúa que parece estarse ya apagando que perdamos de una vez la esencia y santa religión en que vivimos. Asunto que medito para materia de mi discurso en esta noche: doloroso argumento pero preciso de hacerlo mover [...] Así yo me cío a decirlos que debemos temer perder la fe en castigo de nuestros vicios”.²⁸

La vida cristiana consistía en un despojarse de la vida anterior, perdida en los placeres mundanos, que se iba desintegrando seducida por los deseos incontrolados. Tenía que cambiar su actitud mental y revestirse del hombre nuevo que la cuaresma proponía. Esta

²⁷ IEA, dpc. N° 11.776, f. (2) v.

²⁸ IEA, doc. n° 11.774, f. (3) r. y v.

concepción, corporizada en palabras, era planteada de modo que el orador instaba a adoptar una actitud precisa y, quien escuchaba, tomaba del mensaje aquello que podía conmoverlo.

Un tema recurrente, que apunta esencialmente a la construcción de una mentalidad, es la insistencia en la práctica de virtudes como móvil de las acciones, pues la vida debía ser vivida de “modo arreglado y racional”, concepto que es acorde con lo que la Iglesia sostenía como “modélico”.²⁹ La razón apuntalaba aquí, en el discurso, el comportamiento.

b) Cuaresma, tiempo para impulsar a los fieles hacia la penitencia

Cada uno de los sermones considerados presentaban el sacramento de la Penitencia como una exigencia, a fin de que el auditorio comprendiera la necesidad de alejarse y confesar sus pecados, para poder acceder a la misericordia divina; misericordia que se obtenía siempre y cuando la persona hubiese sido capaz de reconocer sus culpas, arrepentirse y modificar su comportamiento. Para ello, no se escatimaba en extensas enumeraciones de ejemplos concretos sobre las desgracias que se padecían como consecuencia del pecado, de manera que, como contrapartida, se anhelara obtener el perdón divino.

“Pero ah católicos que ha sucedido en la carrera del siglo y que vemos en el nuestro? Lo que vemos es que hemos degenerado de aquella primitiva santidad que hacia en otros tiempos que la cristiandad floreciese y tuviese tantos admiradores [...] Lo que vemos es que violamos todas sus reglas y preceptos, que tratamos su culto con irreverencia, que enlazamos la pureza de su doctrina con los contagios del siglo, que nonos empeñamos y aún nos avergonzamos de seguir la santa sencillez de nuestros mayores, que nos entregamos a los excesos de las pasiones y que llamamos preocupación y fanatismo a aquellas antiguas medidas de maceración con que crucificaban sus concupiscencias los discípulos del Salvador”.³⁰

Si la causa de los infortunios estaba en la presencia del pecado, el remedio consistía en satisfacer a la justicia divina con actos de arrepentimiento que permitieran crear un clima interior que impulsara a la confesión y, con ella a la reconciliación con ese Dios que se anunciaba para la Pascua.

El concionador recurre a la contraposición de ejemplos históricos entre quienes fueron evidentes pecadores reconocidos y quienes asumieron la necesidad de la conversión para alcanzar la perfección -paralítico, adúltera, ciego, mujeres que caminaron al sepulcro, San Pablo, la “enamorada Magdalena”- son algunas de las menciones concretas a las que apela.

²⁹ IEA, doc. n.º, 11.771, f. (3) r.

³⁰ IEA, doc. n.º 11.776, f. (4) r.

Concluye tomando posición, pues considera que la opción recomendable fue una “heroica resolución”.³¹

Aún cuando la centralidad de las prácticas cuaresmales estaban orientadas a propiciar el sacramento de la penitencia, solía hacerse alusión también al bautismo, destacándose por cuanto el doble carácter de dicho tiempo litúrgico. El recogimiento y la compunción del corazón se lograban, entre otras cosas, mediante el recuerdo del bautismo, entendido como un “reengendrarse espiritualmente”. La gracia recibida en el bautismo, debía ser ratificada por cada sujeto en la penitencia, puesto que ambos sacramentos colaboraban en el misterio de la Pascua. Por el primero se producía la iniciación cristiana y por el segundo la conversión y reconciliación con Dios. La penitencia, vivida como segundo bautismo, constituía el paso previo para acceder luego a la Eucaristía.

“Esta misma confesión de fe que la luz celestial ha gravado en nuestros corazones nos la exige también la Iglesia como una ratificación de las pioneras hechas en nuestro bautismo y del empeño contraído en su nombre”.³²

c) Cuaresma, tiempo de cooperación con la obra espiritual

Si bien el tiempo que antecedía a la Pascua debía ser aprovechado por la feligresía en su conjunto, el predicador era consciente de que su mensaje podía no ser acogido y comprendido por todos, razón por la cual planteaba diferencias entre los oyentes, aspirando con ello a movilizar, sobre todo, a los que evidenciaban una actitud pasiva. De lo que se trataba era de recalcar la importancia de que cada creyente debía desear ponerse en las manos de Dios para que éste finalmente obrara en él.

“Es un dogma infalible de nuestra fe que el auxilio aunque necesario para la justificación del impio no es él solo el que puede obrarla. La criatura misma si quiere recibir este don inestimable de las manos de Dios ha de cooperar al divino llamamiento con su libre voluntad [...] Concorre pues Dios dando el auxilio que nos mueve e inclina y la criatura cooperando con su libre voluntad a la inspiración divina”.³³

El mensaje incita a un comportamiento pero, a su vez, tiene en cuenta el libre albedrío de quien escucha. El auxilio divino, del que el predicador aparece como intermediario o anunciador, requiere de la aceptación, de la cooperación del auditorio en cada individualidad. El predicador coloca en el aire la palabra de Dios, que gradualmente debe impactar en los sujetos, porque los ha llamado por la memoria: “Para que recuerden el fin por el que

³¹ IEA, doc. n.º, 11.772, f. (5) r. y v.

³² IEA, doc. n.º 11.775, f. (4) v.

³³ IEA, doc. n.º 11.772, f. (3) r.

nacieron”; los ha llamado por el entendimiento “dando luz para conocer las vanidades, mentiras y traiciones”; por al voluntad “que no halla ni hallará la paz fuera de Dios”; por los sentidos “por el oído con advertencias, consejos, sermones, y ahora mismo por estas palabras que profiero y que son tuyas”.³⁴ Se exponen en este sermón las diferentes opciones a través de las cuales Dios quiere despertar al hombre de su letargo pero, a pesar de todo, el propio predicador sabe que algunos no responderán.

d) Cuaresma, tiempo de religiosidad interior

La idea de “lo interior”, es sumamente socorrida en los sermones cuaresmales. El tópico apuntaba a propiciar ciertas prácticas devotas, tales como el silencio, el recogimiento y la meditación, mediante las cuales se buscaba “creer” con el corazón y “huir de la sumisión” del espíritu.³⁵

El tema de la fe es constante y, para hacer alusión a ella, se recurre al empleo de algunos recursos literarios, como por ejemplo las figuras metafóricas,

“vos que propagasteis la hermosa planta de nuestra fe hasta los términos de esta tierras, mirala una y muchas veces con afecto [...] y riegalas con tus frecuentes auxilios e inspiraciones y perfeccionala”.³⁶

Era significativa la idea de resaltar la necesidad indispensable de tomar conciencia íntima del momento que se vivía, como elemento central de la purificación que se reclama desde el púlpito. Lo exterior sobrevendría luego de una verdadera “limpieza” o transformación interior, entendida como dolencias espirituales. La salud del cuerpo estaba íntimamente relacionada con la salud del alma, por ello la curación del cuerpo tendría lugar como consecuencia de la conversión.³⁷

Para quienes, por el contrario, desconocían la importancia de la interiorización del mensaje cuaresmal, el discurso se tornaba enérgico, al plantear, cual si fueran árboles, la opción de despojarlos de esa fe inútil, “cortarla” o “arrancarla” del campo de la Iglesia, evitando de este modo que quedara contagio alguno en ellos.

“El hacha esta junto a la raiz del arbol para un gran numero de cristianos, La mano de Dios esta sobre nosotros muy visiblemente para no reconocerla”.³⁸

³⁴ IEA, doc. n° 11.772, f. (6) v. (7) r.

³⁵ IEA, doc. n° 11. 775, f. (2) r.

³⁶ IEA, doc. n° 11.774, f. (7) v.

³⁷ IEA, doc. n° 11.772, f (2) r. y v. Cf. Ana María Martínez de Sánchez, “En el cuerpo y en el alma. El socorro a los enfermos”, *VI Congreso Argentino de Americanistas*. Buenos Aires. En prensa.

³⁸ IEA, doc. n° 11.774, f. (8) r.

e) Cuaresma, tiempo de manifestación externa de una espiritualidad profunda

La preparación hacia la Pascua incluía además, ciertas manifestaciones exteriores de la religiosidad, entre las que se contaba la de difundir el mensaje evangélico, en la medida que la fe debía estar acompañada de acciones concretas y visibles.

En el punto álgido de cada uno de los sermones analizados, lo que se observa es que el orador ha buscado conducir al auditorio al recuerdo de sus pecados, para concentrar luego la atención en la necesidad de penitencia y buenas obras, con el propósito de aplacar el “enojo divino”.

“Y una fe inútil no se habra de perder? Una fe que no tiene obras con que resistir al error no vendra a destruirse?”.³⁹

Se debía persuadir a que lo reflexionado y meditado en el plano interior, encontrara canales de manifestación externa, no fuera que la idea de un “corazón humillado y contrito” quedara circunscripta a un culto escondido incapaz de manifestarse en públicos ejercicios, tales como las obras y la anunciación del mensaje evangélico.⁴⁰

Nuevamente la referencia al bautismo era utilizado para reforzar su relación con la penitencia y con la noción de que la fe recibida en ese sacramento de iniciación debía ser consolidada y robustecida por medio de las obras.

“que aquella fe habitual que se nos infundio en el bautismo que de nuestra parte no se ha fortificado con la instrucción, con unas obras que la sostengan, con el ejercicio de las virtudes que la aviven”.⁴¹

f) Cuaresma, tiempo para meditar sobre el “buen gobierno”

En el calendario de festividades que se celebraban, la Cuaresma ocupaba un lugar destacado, en donde aumentaba la elocuencia y el predicador podía aprovechar la ocasión para valerse de las herramientas propias de la retórica sagrada y abordar cuestiones de índole política e impartir así materia de gobierno y aplicación de la justicia. Estamos ante una sociedad en donde era difícil pensar en la existencia de una esfera temporal diferenciada de la espiritual, siendo ambas controladas -en gran parte- por la institución eclesiástica.

“¿dónde hallara Vuestra Alteza el norte de una recta intención y el punto fijo para el acierto de toda su providencia? En Dios solamente en Dios que es la Sabiduría infinita y la verdad eterna que no puede ser engañado ni engañarse”.⁴²

³⁹ IEA, doc. n° 11.774, f. (5) v.

⁴⁰ IEA, doc. n° 11.776, f. (4) v.

⁴¹ IEA, doc. n° 11.774, f. (6) r.

⁴² IEA, doc. n° 11.771, f. (7) v.

Los predicadores fueron hombres de su tiempo y sus composiciones -llenas de una gran riqueza literaria- se hicieron eco de los acontecimientos en que se encontraban inmersos. Si a esto se añade el carácter catequético-doctrinal en el que la predicación se enmarcaba, se deduce su relevancia para conocer no tanto los sucesos que acaecieron en sí mismos, sino el modo como influyeron en las gentes de su época, así como la asimilación interpretativa que de ellos fueron capaces de propiciar.⁴³

El sermón, más allá de que persiga en cada viernes la renovación de todo hombre no deja de reconocer, cuando se dirige a la Audiencia, que existen diferencias sociales ya que a “algunos sacó Dios de la masa”. Admite una estructura social diferenciada que, por otra parte para la concepción del predicador, proviene de Dios.⁴⁴ Afirma que existen amos y criados y que éstos deben ver en los primeros representada la potestad de Dios. Con esta afirmación confirma que la estructura social es estática y, a través de sus palabras, sostiene la vigencia de una política que asegure “el buen gobierno”.

Se recurría a una descripción de lo que se estimaba debían ser atributos propios de quienes desempeñaban funciones civiles, tal el caso de los superiores y jueces. Debían llevar una vida racional y arreglada a la doctrina cristiana, dotados de virtudes no humanas sino divinas, y fieles observadores de los preceptos y ceremonias eclesiásticas.

“A Vuestra Alteza con mas especialidad que a los demas dice hoy el Señor por San Matheo: sed perfectos como lo es vuestro Padre Celestial”.⁴⁵

Así como se insistía en una preparación espiritual -tanto interior como exterior- el camino hacia la Pascua podía ser aprovechado para conectar los asuntos espirituales con los temporales, lo sagrado con lo profano, los temas de estado con la religión, por cuanto las personas estaban llamadas a vivir en el mundo respetando las dos potestades.

El conocimiento del auditorio al que iba destinado el sermón, permitía que la temática, aunque general, se dotara de ciertas adecuaciones, por cuanto predicar, consistía en decir algo sobre el Sujeto -Jesús- sin olvidar al destinatario del mensaje. Y si ese receptor era alguien que desempeñaba funciones en el plano civil, el concionador solía valerse de la palabra para reflexionar sobre la tarea de absolver al inocente y condenar al reo, acción que solo podía

⁴³Miguel Ángel BELTRÁN. “Predicación e Historia. Los sermones como interpretación de los acontecimientos”, *Criticón*, 84-85, 2002, pp. 277-293, aquí: p. 278.

⁴⁴ Este sermón es el dirigido el primer viernes de cuaresma de 1794, a los miembros de la Real Audiencia de Buenos Aires

⁴⁵ IEA, doc. n° 11.771, f. (3) r.

ejercerse de forma meritoria, con acierto y con una recta intención, reconociendo en Dios la “sabiduría infinita” y la “verdad eterna”.

El sermón podía ser también un discurso político o una pieza de teología política orientada, tanto a ensalzar el cetro como a censurar la actuación de los gobernantes o a proponer reformas radicales en la administración de los reinos. Es así que los amplios confines de la espiritualidad se adentraban en el regimiento justo de la comunidad y las virtudes del príncipe y de sus ministros debían ser el espejo que favoreciese la reformatión de las costumbres de los pueblos.⁴⁶ Era común que se reconociese que los jueces necesitaban de la gracia divina para desempeñar sus altas y gravísimas obligaciones, puesto que en “alma malévola y aprisionada” por el pecado, no había lugar para la verdadera sabiduría y para desenvolverse con “acierto y equidad”.⁴⁷

Los predicadores eran continuadores del ministerio iniciado por los apóstoles, con el manejo de la oratoria, mostrándose cercanos a quienes se dirigían, capaces de vincular la historia general de la religión con las características peculiares de la comunidad donde les tocaba actuar. Buscaban, en definitiva, interrelacionar la esencia de sus discursos -orientados a la eternidad- con la imperiosa necesidad de encaminar a los hombres para que supieran vivir “en el mundo” de un modo cristiano.

EL PODER DE LA PALABRA: DEL TEXTO ESCRITO AL TEXTO DICHO

Una de las claves de la construcción del discurso de los sermones, en tanto discurso persuasivo, es la constitución del *ethos*. En la *Retórica*, Aristóteles plantea que, para persuadir, no alcanzaba con que el argumento fuera convincente y fidedigno: era fundamental la actitud de quien producía discurso y que diera la impresión a los receptores de que se encontraba en determinada disposición respecto a ellos. Para el filósofo griego, las causas de que los oradores fueran creíbles eran básicamente tres: el *logos* o razonamiento, el *ethos* o disposición y el *pathos* o pasión.

Pero, sin duda, era el *ethos* el que se reconocía como la causa más destacada en términos de credibilidad. Para resultar confiable, el productor del discurso debía mostrar un carácter propio de la moderación. El tema y estilo habrían de ser decorosos (en el sentido latino del término, es decir, armónicos en relación con el enunciador) de modo

⁴⁶ Antonio ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, “Facciones cortesanas y arte del buen gobierno en los sermones predicados en la Capilla Real en tiempos de Carlos II”, *Criticón*, N° 90, 2004, pp. 99-123.

⁴⁷ IEA, doc. n° 11.771, f. (7) v.

que resultasen apropiados al *ethos*. En suma, la persuasión se centraba en dos ejes: el de la moderación y el del decoro.

La totalidad de los sermones que integran el *corpus* analizado, se encaminan hacia el objetivo final que perseguía el orador, a saber, ante la presencia del mal lo que quedaba era la confianza en Dios, “señor del mundo”, expresada con obras y penitencias. El recorrido propuesto era claro, de un pesimismo antropológico latente, fundado en que el cuerpo humano constituía la cárcel del alma, sumado a la idea de que la carne tenía connotaciones negativas, a la idea de que Dios tornaba su ira en misericordia y efectuaba su llamado a todo sujeto que quisiese convertirse y arrepentirse.

Puede imaginarse la utilización de la palabra, unida a dosis de escenificación, como recurso psicológico para transmitir al auditorio, primero la sensación de angustia y dolor, para conducirlo posteriormente al campo de la clemencia divina. La marca de un fuerte sentido providencial conducía a considerar todo como milagroso.

“Sería una cosa bien digna de llorarse con lagrimas de sangre el que se hallase entre nosotros algún pecador que contase 38 años en sus vicios como él los contaba de entorpecimiento en los miembros de su cuerpo. ¡qué dolor! [...] ¡qué desgracia si en este infeliz estado nos halláramos!”⁴⁸

Hay en cada sermón una tendencia dirigista de la predicación en aras a una orientación de la conducta y de la mentalidad, partiendo de hechos concretos y conocidos por el auditorio. Las temáticas, aunque en este *corpus* dirigidas a diferentes públicos, presentan una validez universal pues responden a los cánones establecidos en los sermonarios. Más allá de que sólo el del primer viernes esté dirigido a la Audiencia, el mensaje -fuera de su historicidad- es común, espiralado en su concatenación de viernes a viernes, necesitándose conocer lo que se dijo para comprender lo que se dice.

El eje temático de cada viernes analizado, responde al siguiente esquema:

1º Viernes: meditación sobre la noción de potestad

2º Viernes: meditación sobre la gracia divina

3º Viernes: meditación en torno a la fe

4º Viernes: meditación en torno a los sacramentos

5º Viernes: meditación en torno a la santidad

El texto que se escribió fue dicho ¿qué diferencia hay ente uno y otro punto para el predicador y el oyente? Por un lado el predicador lo pensó dentro de una lógica del ciclo litúrgico y dentro de él se abocó a la cuaresma, con connotaciones propias. Buscó textos en el

⁴⁸ IEA, doc. nº 11. 772, f. (2) v.

Antiguo y el Nuevo Testamento, en la literatura cristiana, para ejemplificar sus razonamientos pero, a su vez, adaptó el discurso al auditorio, lo dotó de historicidad, de un tiempo y un espacio determinado.

En el lado del oyente está lo que se dijo, aquello que resonó en la capilla o en la plaza y que cada uno desde un tiempo y un espacio individual se lo apropió y, sobre todo, optó por él.

La importancia del sermón cuaresmal -como todos- radica en que era el principal medio de comunicación en una sociedad donde predominaba la cultura oral; con lo cual a través de ellos se podían reflejar ideas, mentalidad e imaginación de individuos o grupos dirigentes de la sociedad o con un gran peso en el mundo socio-religioso, intelectual y político.⁴⁹

En este contexto, el predicador aprovechaba la ocasión para introducir en ocasiones y de modo explícito, su evaluación de los acontecimientos y su juicio valorativo del objeto o idea que estaba desarrollando. Pueden encontrarse así subjetivismos tales como “ciegos insensatos”, “¡que materia esta tan grande para nuevas reflexiones!”, “que desgracia si en este infeliz estado nos halláramos”.

Fueron disertaciones edificativas de las que se valieron los predicadores para actuar como intermediarios culturales, al poner en contacto las reflexiones de los teólogos de cualquier tiempo, con una feligresía no siempre letrada.

Todo tenía lugar en un discurso eminentemente argumentativo, vocablo central en la concepción antigua de la retórica y que remitía a la tentativa de modificar las representaciones del interlocutor mediante el empleo de determinadas técnicas propias de la persuasión.⁵⁰

En ese arte del “buen decir”, ligado a su vez a la tarea de convencer, el emisor, aunque anónimo, recurría a la conmiseración y al empleo de expresiones angustiosas mediante las cuales se buscaba que los oyentes reaccionaran, se sintieran culpables, responsables y, a partir de allí, actuaran.

CONCLUSIONES

Este breve recorrido por la celebración de la Cuaresma ha querido mostrar, cómo se ilustraba ese tiempo en un lugar periférico del imperio español.

⁴⁹ Verónica ZARAGOZA. “El sermón como fuente: una aproximación bibliográfica”, Ana María MARTÍNEZ de SÁNCHEZ (comp.) *Oralidad y escritura. Prácticas de la palabra: los sermones*. Córdoba: Programa de Estudios Indianos, CEA-CONICET-UNC, 2008, pp. 15-32, aquí: p. 23.

⁵⁰ En su origen, la retórica clásica -formalizada por Aristóteles- estuvo ligada a la argumentación en tanto nació con el propósito de que los discursos produjesen el efecto persuasivo buscado. James MURPHY. *La retórica en la Edad Media. Historia de la teoría retórica desde San Agustín hasta el Renacimiento*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 72-74.

Marcada por el ciclo y la referencia religiosa, la Cuaresma se presenta como un tiempo que se relaciona con la vida y la muerte en un sentido amplio, que era al mismo tiempo protección y regeneración. Tiempo en donde se evidenciaba una pervivencia de signos paganos de regeneración de la tierra y de llamada otra vez a la fecundidad. Tiempo, en fin, ligado al ciclo productivo en momentos en que los productos agrícolas, una vez sembrados, debían seguir su curso de crecimiento, casi sin la posibilidad de intervención directa de la mano del hombre, dependiendo de las condiciones naturales. Esto ayuda a entender el por qué se recurría con frecuencia a un relato bíblico en el cual, y a modo de paralelismo, la tierra fértil se conectaba con la idea de la práctica de las virtudes.

“Esta demasiado clara la expresión de la Escritura para [tachado: no entenderla] dudar de esto y demasiado terrible también para no temblar al oírlo. La tierra ingrata no tendrá ya semilla: la viña estéril será abandonada, se le quitará el talento al siervo descuidado y ocioso, el árbol infructuoso será cortado, el edificio construido sobre arena destruido o para hablar sin fisuras, se les quitará la fe a los que con ella no hubieron obrado bien: castigo riguroso pero muy justo”.⁵¹

El sermón ha sido definido como un verdadero fenómeno cultural y, a la historia que los ha acompañado, como un proceso de construcción y transformación de una cierta expresión literaria, cruzado tanto por las preocupaciones formales y de estilo, como por las de índole moral, religiosa y política. Resulta por tanto, plausible el deconstruirlos a fin de hallar en ellos “modos de pensar, sentir y obrar”.

El ámbito de la experiencia religiosa en su sentido lato, no sólo incluye la dimensión que se relaciona con lo divino, sino que es inseparable del rasgo de la comunicabilidad. Lo sagrado se difunde espontáneamente y el oyente/creyente lo acoge y lo comunica también de manera natural, ya que el ser humano es por índole propia comunicante y, al mismo tiempo, intersubjetivo.

Si en las obras profanas es factible encontrar entrecruzamientos de temas y tópicos, esto tiende a intensificarse aún más en la retórica eclesial, en la que el significado doctrinal y el sentido edificante se asientan como verdad absoluta, en un lenguaje universal y a la vez licitado por la autoridad y el magisterio de la Iglesia.⁵²

En síntesis, los sermones como emergentes materiales, son el resultado de la convergencia de diversos factores culturales que es necesario profundizar para determinar e interrelacionarlos con otros aspectos y circunstancias en torno a su gestación, producción e impacto. Por medio

⁵¹ IEA, doc. n° 11.774, f. (7) v. y (8) r.

⁵² María Dolores BRAVO ARRIAGA. *El discurso de la espiritualidad dirigida. Antonio Núñez de Miranda, confesor de Sor Juana*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 107.

de ellos logramos introducirnos en un discurso que visual y auditivamente se mostraba como modélico, en consonancia con unos comportamientos que resultaban útiles a la Corona y a la Iglesia de la época.